

RÉPLICA A *PERSONALISMO Y NUEVA RACIONALIDAD* DE RODRIGO GUERRA LÓPEZ

Eduardo González Di Piero

Facultad de Filosofía, UMSNH

feryedo@yahoo.com.mx

Resumen

Este texto constituye un comentario a “Personalismo y nueva racionalidad. La interpretación transpolítica de la Modernidad en la filosofía de Karol Wojtyła”, de Rodrigo Guerra. Primeramente, comento su crítica a la Modernidad para intentar resaltar, en su misma línea, que la racionalidad instrumental conduce al encierro de la propia razón. Por otra parte, intento mostrar las divergencias importantes entre el método fenomenológico de Husserl propiamente dicho y, a través de la lectura de Scheler, el método de Wojtyła. Por último, terminaré señalando la vigencia de la interpretación transpolítica de la Modernidad y de la necesidad actual de recuperar el énfasis en la afirmación de la dignidad de la persona.

Palabras clave: fenomenología, Modernidad, persona, racionalidad, Wojtyła.

Recibido: 03/06/2011 • Aceptado: 08/10/2012

REPLY TO RODRIGO GUERRA LÓPEZ

Abstract

This article is a reply to Rodrigo Guerra's text: "Personalism and New Rationality. The Transpolitical Interpretation of Modernity in the Philosophy of Karol Wojtyła". On the first place, I will comment his critique of Modernity to stand out—as he does—that instrumental rationality collapses the reason on its own. On the second place, I try to show the important differences between Husserl's Phenomenology properly said and, through the reading of Scheler, the method of Wojtyła. At last, I will point out the validity of a transpolitical reading of Modernity and the necessity of recovering the affirmation of human dignity.

Keywords: Modernity, Person, Phenomenology, Rationality, Wojtyła.

Afortunadamente, en castellano al menos, de acuerdo con el *Diccionario de la Real Academia Española*, el verbo “replicar” no tiene el significado solamente de “instar o argüir contra la respuesta o argumento”, o bien como segunda acepción el de: “responder oponiéndose a lo que se dice o manda”, sino también el de “repetir lo que se ha dicho”. Y aunque se trata de una tercera acepción, y un tanto en desuso, a esta última me amparo para decir que más de esta tercera forma se trata mi humilde intervención que de las dos anteriores, pues el trabajo de Rodrigo Guerra es la expresión del pensamiento más acabado en lengua española, y me atrevo a decir que *tout court*, que hay sobre la filosofía de uno de los pensadores más lúcidos del siglo XX, y, desgraciadamente, uno de los menos conocidos: Karol Wojtyła. Pero, ¿cómo?, se preguntará quien lea esto, ¿uno de los menos conocidos? Si se trata de una de las figuras centrales del siglo pasado, protagonista indiscutible y carismático, como bien señaló Rodrigo Guerra en el cuadro introductorio, transformador de la historia y la cultura, a niveles tan inusitados que apenas hay ser humano sobre la Tierra que no sepa quién fue Juan Pablo II, o, mejor dicho, quién sigue siendo ese extraordinario hombre que, para los católicos fue cabeza de su Iglesia por más de un cuarto de siglo... Pero, bien lo hace notar desde el principio también Rodrigo Guerra, su pensamiento filosófico es bastante desconocido en muchos ambientes; el esfuerzo emprendido por nuestro filósofo, es, por ello, notabilísimo.

Intentaré, como quiera que sea, destacar algunos de los puntos fundamentales de la presentación de mi querido amigo y colega. Replicarlo, pues, en el sentido ya dicho, para fijar algunas cuestiones que me parecen importantes. Es verdad, y él lo sabe bien, que hay algunos puntos de divergencia entre su posición filosófica y la mía —pero no tanto por lo que respecta al pensador polaco, ya que yo disto mucho de tener la competencia y el conocimiento que él tiene—, sino sobre el método fenomenológico que ambos compartimos, por lo que únicamente se trata de algunas cuestiones que, tal vez, afloren incluso después de esta réplica, por lo que concierne específicamente a lo que se ha dado en llamar “fenomenología realista”.

Toda la reflexión emprendida como exordio, y al mismo tiempo como marco teórico-metodológico por parte de Rodrigo Guerra acerca del carácter de la Modernidad, con las notas definitorias de “*reditio*”, “violencia”, “racional-política”, son mostradas con lucidez palmaria y, en términos generales, son compartidas por quien esto escribe. Me detengo solamente en el apartado “5. *Hacia una nueva racionalidad*”, ya que sintetiza perfectamente el ideal moderno de la cultura occidental en que la voluntad de poder –no necesariamente en sentido nietzscheano, aunque lo abarca– permea la lógica de la totalidad de las relaciones humanas, desde las más fundamentales y directas, hasta las más complejas y abstractas.

Rodrigo Guerra, me parece, va desgranando muy bien las características de esta racionalidad de la Modernidad que se va hipernutriendo de sí misma y de esa lógica del poder que encuentra su clímax, de acuerdo con su interpretación, en Hegel. En pocas líneas, también desde los apartados anteriores, Guerra López supo hacernos ver esa película de la Modernidad, caracterizada por ser a veces grotesca, a veces sorprendente, llena de límites y paradojas, a causa de aquella inauguración tan celebrada por un filósofo todavía deudor de la Escolástica, que encontró en el *cogito* el fundamento de la realidad misma, sin darse cuenta de que había creado un verdadero monstruo ante el cual palidecerán el Golem, y el del Dr. Frankenstein, porque este *cogito*, el sujeto cartesiano, tan aparentemente inocente al inicio, irá, como dije hace un momento, hipernutriéndose, hasta convertirse en esos monstruos de violencia inusitada como el yo trascendental kantiano, el yo puro fichteano, o ya casi reventando en su auto-regocijo, el más monstruoso de todos, ese espíritu absoluto de Hegel, que ya Rodrigo Guerra muestra como paradigma del espíritu de la Modernidad como racionalidad política en tal sentido.

Y eso que el autor de la comunicación tiene el pudor de no mostrarnos todas las traducciones del espíritu moderno en tal sentido, y nos ahorra la evocación de Maquiavelo, de Hobbes y de Spinoza, sólo por citar a algunos otros autores, o bien, ya en las postrimerías, y en vista de que nos habló de Hegel y luego de Nietzsche y en razón de que señaló atinadamente la vulgarización del triunfo socio-político con las expresiones coloquiales de “te gané”, “te vencí”, etc.

igualmente se apiadó de nosotros y no nos recordó los panfletarios aforismos de Schopenhauer contenidos en su *Dialéctica erística o el arte de tener razón, expuesta en 38 estratagemas*.

Ahora bien, es claro que de lo que se trata es de ver si existe la posibilidad de que haya una alternativa a esta racionalidad. Esto porque, y es lo único que me parece que, en el apartado al que nos referimos, Rodrigo Guerra no enfatiza suficientemente, hay quienes consideran que no es posible alternativa alguna respecto de la racionalidad. Esto es: la racionalidad, por sus características, conduce necesariamente al encerramiento dentro de tal lógica de carácter político; cuando mucho, es posible que se dé dentro de límites teóricos donde la violencia no llegue a traducirse en una opresión sistemática del más fuerte sobre el más débil, sino que se queda en un nivel formal del pensamiento acerca de las puras relaciones de poder, pero hasta ahí; no hay otra posibilidad. Nosotros pensamos, como lo expone Rodrigo Guerra, que es posible lograr la interpretación transpolítica, como él le denomina, y que tal interpretación es operada por la propia racionalidad. Y, claro, también pensamos, como él, que Karol Wojtyła es un buen ejemplo de tal interpretación (hay otros autores, pero, claro, esto lo podemos considerar para después; Rodrigo ya intuye que estoy pensando, desde luego, en Edith Stein...).

Ahora sí, aquí es donde viene la pequeña diferencia con la consideración guerralopiecziana sobre Karol Wojtyła. Definir al futuro arzobispo de Cracovia y luego Obispo de Roma como “fenomenólogo” por el hecho de haber escrito su segunda tesis doctoral sobre Scheler, me parece excesivo. Argumentaré por qué razón. En primer lugar, cuando Guerra define a Scheler “uno de los más importantes fenomenólogos de la primera generación”, yo matizaría la expresión diciendo que se trata, sin duda, de uno de los más importantes filósofos de principios del siglo XX y que estudió junto con los fenomenólogos de la primera generación. Explico. Scheler nunca formó parte exactamente del círculo de Gotinga como discípulo de Husserl con los demás fenomenólogos de la primera generación, aunque se reunía con ellos, e incluso con Husserl a pesar de las muchas diferencias que había entre ellos; había sin duda, varias coincidencias entre ambos pensadores, y varias de ellas respecto del

método fenomenológico como tal, lo cual le da cierta legitimidad para definir como fenomenólogo a Scheler, aunque yo, desde hace tiempo, he definido a Scheler más como un “para-fenomenólogo”; esto no elimina que las consideraciones que sobre la ética hiciera el joven Wojtyła sobre el pensamiento scheleriano fueran sumamente acertadas y, de alguna forma, coincidieran, en parte, con la noción de experiencia fenomenológica, en contraposición con el formalismo de corte kantiano, como bien nos lo hizo ver el especialista en el pensamiento wojtyliano.

Sin embargo, hay algunos puntos que me parece importante aclarar o profundizar aún más. Me gustaría saber, ¿cuál es la noción de experiencia para Wojtyła? No tanto para Scheler, sino para el filósofo polaco; igualmente me parece que hay cierta confusión respecto de otro concepto fenomenológico fundamental, como es el de “fenómeno” precisamente, porque cuando dice el autor: “Si la palabra ‘fenomenología’ no se prestara a confusiones múltiples debidas a su utilización histórica podríamos denominar a este método simplemente como ‘fenómeno-lógico’ ya que precisamente aprehende el *lógos* a través de aquello que se manifiesta” (p.53), hay que recordar justamente que para Husserl el término “fenómeno” no posee la acepción acotada del griego *faínesthai* como precisamente se ha interpretado erróneamente, es decir “contenido de aquello que aparece”, al modo kantiano, lo que permite al filósofo de Königsberg oponerle ese “noúmeno” absolutamente vedado al conocer humano; para la fenomenología husserliana, el fenómeno es la *Wesen*, la esencia misma, que —y tal es la gran aportación del filósofo de Moravia— puede darse y, de hecho, se da a la conciencia, pero no en forma de manifestación empírica ingenua, sino justamente, otra vez, “esencial”, y ése es el fenómeno en su aparecer originario, no en su apariencia.

Ahora bien, lo anterior no anula las aserciones de Rodrigo Guerra respecto de las aportaciones schelerianas al campo ético-axiológico y su genial concepción no relativista que destruye y socava el formalismo kantiano en una reformulación de la ética que no se había producido desde el idealismo alemán; tampoco desmerece el nivel fenomenológico de Scheler aunque —y esto me parece importante

subrayarlo— solamente a nivel metodológico y, lo anticipo desde ahora, eso es lo que ocurre igualmente con Karol Wojtyła: la absorción de la fenomenología es, en todo caso, sólo en tanto método. Esto es importante de señalar porque la modalidad de pensamiento fundada por Husserl en los inicios del siglo XX es, sí, desde luego, un método, pero también mucho más que eso: es una modalidad de pensamiento, una forma nueva de aproximarnos a la realidad y de reivindicar el valor y la misión de la filosofía y, desde luego, una serie de contenidos y propuestas que tienen que ver con la incesante búsqueda de la verdad que caracteriza a la filosofía, en contraste con la soberbia del que cree poseerla.

Con todo, volvemos a las consideraciones más puntuales de destacar por parte del texto que acabamos de escuchar; es muy interesante cómo Rodrigo Guerra logra captar con fineza inusitada algo que no es evidente *per se* cuando uno lee al Wojtyła más filosófico, especialmente el de *Persona y acto*, obra que, me consta de primerísima mano, nuestro amigo conoce con claridad y erudición meridiana, a saber, cómo el personalismo wojtyliano no se funda, *strictu sensu* en la persona humana, como un punto de partida dado por supuesto, o como un *a priori dogmático*, sino que se instauro a partir de una función, por así decir, que le es propia y, claro, al ser así, la cuestión se vuelve inevitablemente paradójica, pero genera una antropología filosófica *sui generis* que tiene en la acción, como acto “de” la persona (y subrayo este genitivo, *de*), su propio fundamento; esto no es menor, porque lo que nos ha mostrado Rodrigo Guerra es que, para Wojtyła, la preeminencia no se encuentra en lo ontológico, sino en lo ético (yo agregaría, incluso, en lo político en su sentido más prístino y purificado de los significados modernos, justamente aprovechando que nos está proponiendo Rodrigo una interpretación transmoderna).

Las aclaraciones hechas a partir de la página 46 son fundamentales, necesarias, aunque no estoy totalmente seguro de si suficientes para pensar que Wojtyła se separa de ese “realismo fenomenológico” que, en cambio, sí distinguió a su connacional Ingarden, o a la discípula de éste y madrina de bautizo de Edith Stein, Hedwig Conrad-Martius quienes, me parece, especialmente ésta última, sí

llegan a la consideración de una absoluta independencia del ser objetivo respecto de cualquier tipo de subjetividad lo que, respecto de la temática que aquí nos ocupa equivaldría a señalar que para algunos de los fenomenólogos del círculo de Múnich-Gotinga la distinción interpretativa llevada a cabo por Guerra López en el sentido de que “la subordinación *a parte rei* de estos dos elementos [persona y acción] (...) es de tipo real pero no debe entenderse como lo hacen dos planos heterogéneos superpuestos” no sería válida y para ellos efectivamente “la acción como aparecer podría ser conocida con entera independencia de la persona” (p. 52).

Lo que me parece aún más iluminador es que, aún antes de la posibilidad de una lectura transpolítica de la Modernidad, la posición de Wojtyła redignifica el valor y la importancia de la metafísica en el siglo XX. Es muy interesante cómo no lo hace por una vía dogmática, es decir, a través de las influencias —que las tiene— de filósofos y teólogos por él estudiados en el seno del cristianismo y catolicismo, especialmente a través de la neoescolástica, en autores como Gilson o Maritain, o a través de De Finance y otros, sino que lo hace influido justamente —como lo muestra someramente Guerra— por otros intelectuales bajo perspectivas no necesariamente filosóficas, sino dramaturgias (Klotarczyck), antropológico-religiosas (Otto), etc. Esto lo digo porque yo deploro, en la filosofía contemporánea, esta “fobia a la metafísica” que, en buena parte de los casos, está completamente injustificada y de la que la mayor parte de los filósofos no se ha querido curar, cuando les bastaría la lectura, en pequeñas dosis, de Edith Stein, un poco de Michel Henry y unas cuantas páginas de Karol Wojtyła.

Volviendo a nuestra réplica —estamos repitiendo, no lo olvidemos— diremos que, efectivamente, la consecuencia de la lectura y la interpretación que Rodrigo Guerra hace de la filosofía de Karol Wojtyła es, por sus alcances, tremendamente vigente. Dejemos de lado la controversia sobre qué fenomenología hace el futuro Juan Pablo II, o si es o no fenomenólogo. Lo cierto es que, verdaderamente gracias a la perspectiva que se nos ha mostrado en el lúcido texto de Guerra, la razón nos muestra una más de sus facetas, una más de sus posibilidades cuando se ha visto constreñida por sus propios límites.

En este caso es una racionalidad abierta que Guerra llama “nueva racionalidad de índole personalista”, y es una racionalidad que logra reconocer y distinguir la diferencia entre el actuar y el ser que de este actuar surge, diferencia finísima que una racionalidad como la de la Modernidad, esa hipernutrida de sí misma que al inicio de esta contribución denunciábamos, obviamente era incapaz de distinguir, obsesionada como estaba en su narcisismo y en su pigmalionismo autocomplaciente que encontró en Hegel su expresión más acabada, pero que todavía sigue campeando en muchas expresiones de la actual filosofía. Por ello, una propuesta como la wojtyliana constituye aire fresco en la aridez y escasez de oxígeno filosófico de la Modernidad y de la Posmodernidad en que, por mor de esa fobia a la metafísica de la que ya hablábamos, por temor a todo lo que pudiera considerarse “fundamento”, por esa manía de eliminar al “sujeto” aunque luego no se supiera bien a bien qué poner ahí, o sólo hacer fáciles sustituciones terminológicas; por esa tendencia a sucumbir a las modas parisinas; por ese gusto necrófilo y macabro de algunos intelectuales de extenderle certificados de defunción a todas las formas de la cultura, desde el arte, la historia y la filosofía hasta la cultura misma, por todo ello, decíamos, Modernidad y Posmodernidad han de dar paso a una Transmodernidad, que otra cosa no es más que una Modernidad leída transpolíticamente en el sentido en que Guerra propone a través de la recuperación del pensamiento de Wojtyła, propuesta que, además, es completamente viable y posible como —en cierta vertiente— parcial, se mostró en su advocación de vicario de Cristo pues en buena parte existió en Juan Pablo II una práctica de esa transpolítica del Wojtyła filósofo que le permitió enfrentar el odio del otro hombre, como dice Levinas, de poder transformar la geopolítica mundial, de poder exhortar con vehemencia a los mafiosos a la conversión, y viajar por casi todo el mundo incansablemente hasta llegar a la redacción de ese magnífico documento que es *Fides et Ratio*, donde este segundo miembro del binomio, la *ratio*, es ya esta *ratio* que nos ha presentado Rodrigo Guerra como nueva propuesta de racionalidad.

De manera rápida, señalaremos algunos puntos sobre la norma personalista de la acción. Es muy interesante cómo Rodrigo Guerra hace ver el modo en que el pensador polonés fundamenta tal norma. No se trata de un *a priori* formal sino auténticamente material, y sigue siendo fiel a la impostación scheleriana; hay, desde luego, una coincidencia con el kantismo respecto de la no instrumentalización de la persona humana, y sobre el hecho de que a la persona humana no ha de tratársele como medio nunca, sino siempre como fin en sí mismo; pero lo importante es que las razones son diferentes; mientras que para Kant esto se funda en un deber por el deber, en Wojtyła, el fundamento es el “deber ser”, lo que no es lo mismo. Todo personalismo tiene por principio y fin a la persona, es fundamento, etc., pero no es lo mismo decir que esto es así dogmáticamente, que señalar que ello es producto de un análisis filosófico acucioso, objetivo, meditado, como es el caso que nos ocupa. Objetivamente, sucede lo mismo con Edith Stein, ya citada, y algunos otros. Nos damos cuenta de que la persona es única e irreductible, y es tal y completa sólo cuando es sujeto de relaciones, cuando está “en relación con otros”, a través, por ejemplo, del método fenomenológico.

Desde mi humilde posición considero que, efectivamente, la hipótesis de Rodrigo Guerra mostrada al inicio del apartado 9 es arriesgada pero, aquí sí, se trata de una de las frases más afortunadas de Hegel, esta tarde no muy bien tratado, “sólo arriesgando la vida, se gana la libertad”, y como para un filósofo la filosofía es su vida, o su vida coincide con la filosofía, creo que Rodrigo es consecuente; pero creo también que tal hipótesis es, igualmente, correcta. Wojtyła nos ofrece las bases de una interpretación transpolítica de la Modernidad porque, en el núcleo de su pensar no priva la dialéctica de corte hegeliano del amo-siervo en que la alteridad sólo puede resolverse en la aniquilación del que, por fuerza, es mi enemigo mortal y no puede ser considerado más que de esa manera; porque en su filosofar no priva una visión utilitarista ni un pragmatismo que disuelva toda posibilidad de dirigirse desinteresadamente hacia esa alteridad.

Concuerdo, finalmente, con Rodrigo Guerra en que hay un enorme potencial en el pensamiento de Wojtyła para el futuro, pero creo que este potencial no es únicamente metodológico sino que

se trata de un potencial filosófico integral que necesitamos, desde este momento, cultivar en nuestros centros educativos, privados y públicos, católicos y no porque forma parte ya del bagaje cultural humano en el orden del pensamiento. Paradójicamente, parte de lo que impide su difusión filosófica es la enormidad de su papel que, como 264° Papa de la Iglesia Católica desempeñó, lo que constituye un lastre para que se le conozca y reconozca como gran filósofo que es. Por ello el texto de Rodrigo Guerra se vuelve más que pertinente porque, más allá de la beatificación reciente, nos recuerda la importancia de un pensador de gran altura, filósofo a todas luces, original y aportativo, que merece ser incluido dentro de los nombres de quienes pueden transformar con sus ideas y sus conceptos un mundo que cada vez grita con mayor vehemencia por una ayuda cuya respuesta, del lado de la filosofía, parece ser de indiferencia o sordera, porque ese grito es el grito concreto de la persona humana y de la persona humana, tristemente, se han olvidado muchos filósofos del siglo XX y del XXI, faltando a una vocación prístina del propio ejercicio del quehacer filosófico. Hoy, afortunadamente, Rodrigo Guerra nos recuerda que hay algunos que pueden responder a este grito, y esta propuesta de interpretación transpolítica de la Modernidad en Karol Wojtyła que él nos acaba de regalar es uno de los mejores ejemplos para quienes tenemos esperanza en el advenimiento de un mejor porvenir para nuestro país y para la humanidad entera.